

Porque pensar que por sí  
 Los hombres se sometieron  
 A llevar ageno yugo,  
 Y á sufrir extraño freno,  
 No hay razón para creerlo.  
 Porque como nació el hombre  
 Naturalmente propenso  
 A mandar; solo forzado  
 Se reduce á estar sujeto:  
 Y haber de vivir en un  
 Voluntario cautiverio  
 Ni el cuerdo lo necesita  
 Ni quiere sufrirlo el necio:  
 Aquél, porque en su cordura  
 Halla de vivir preceptos,  
 Y éste, porque le tiene  
 Su necedad satisfecho;  
 Pues no verás ignorante,  
 En quien el humor soberbio  
 No llene de presunción  
 Los vacíos del talento.  
 De donde infero, que sólo  
 Fué poderoso el esfuerzo  
 A diferenciar los hombres,  
 Que tan iguales nacieron,  
 Con tan grande distinción,  
 Como hacer, siendo unos mismos,  
 Que unos sirvan como esclavos,  
 Y otros manden como dueños.  
 Luego no será altivez,  
 Que cuando le debe al cielo  
 De nacimiento y valor,  
 Más que de mi nacimiento.  
 Y porque veas con cuanto  
 Fundamento hacerlo puedo,

Escucha: apenas había  
 En mi rostro el primer vello  
 Dado las honrosas señas  
 Del corazón y del seso,  
 Cuando en vez de acompañarme  
 De los pulidos mancebos,  
 Que en la juventud de Atenas  
 Eran de la gala espejos,  
 De Hércules me acompañé;  
 Que más quiso mi ardimiento,  
 Que preceptores de galas,  
 Tener de hazañas maestros.  
 Alcancé en su compañía,  
 Entre otros muchos trofeos,  
 El vencer las amazonas:  
 Y no sin causa el primero  
 De todos mis triunfos llamo  
 Este, señor, porque creo,  
 Que el vencer á una mujer,  
 Es el mayor vencimiento;  
 Porque, ¿cómo vencerá  
 Un enemigo, que á un tiempo  
 Aprisiona con la vista,  
 Y lidia con el acero?  
 Y cuando hermosa no sea,  
 Basta ser mujer, que el serlo  
 Es suficiente ventaja;  
 Pues además de sus alientos,  
 Pelean de parte suya,  
 Mi lástima y mi respeto.  
 Además que es muy difícil  
 alcanzando ya el trofeo,  
 Saber lograrlo con aire,  
 Porque es menester un pecho,  
 Para conseguir, altivo,

Y para gozar, modesto;  
 Que desluce la victoria,  
 El que quiere desatento,  
 Que lo que costó un peligro  
 Se logre con un desprecio.  
 Yo en Epidauro privé  
 De la vida al hijo fiero  
 De Vulcano, á quien el vulgo  
 Apellidó Corineto.  
 Yo dí muerte en Marathon  
 Al Toro, que de tu reino,  
 Siendo destrucción, pasó  
 A ser de Atenas incendio.  
 A la gran Thebas libré  
 De la opresión de aquel fiero  
 Creonte, cuya impiedad,  
 Opuesta á todos los fueros  
 Humanos, no consentía  
 Dar sepultura á los muertos.  
 Maté también á Chyron  
 Y á Procuste, bandoleros  
 Tan sin piedad, que el segundo  
 En un inhumano lecho,  
 En que astuto recibía  
 Los incautos pasajeros  
 El que era lecho de alivio,  
 Hizo potro de tormento;  
 Pues, al que grande venía,  
 Cortar mandaba, al momento,  
 Toda la cantidad, que  
 Le sobraba, y al pequeño,  
 Con no mejor tiranía,  
 Mandaba extender los miembros,  
 Hasta que los nervíos rotos,  
 O descompuestos los huesos,

Ajustaban la medida,  
 Que aquel tirano había hecho,  
 Determinada mensura  
 Al tamaño de los cuerpos.  
 No era de Schino menor  
 La crueldad, con que sangriento  
 Bárbaramente abusando  
 De las fuerzas, de que el cielo  
 Liberal quiso dotarle,  
 Hizo de ellas instrumento  
 Para su ofensa mayor:  
 ¡Oh, humano discurso ciego,  
 Qué no intentara tu error!  
 Pues obligando violento  
 A dos árboles distantes,  
 A que besasen el suelo  
 Con las superiores ramas,  
 Y atando después en ellos  
 Al peregrino, soltaba  
 Los árboles; y ellos luego,  
 Por cobrar su rectitud,  
 Se apartaban con tan presto  
 Movimiento, que quedando  
 Dividido por el medio  
 El cuerpo, ignoraba el alma,  
 Por algún rato el suceso.  
 Mas dióle el cielo el castigo  
 En mi brazo, para ejemplo,  
 De que el que sufre remiso,  
 También castiga severo.  
 De las victorias y triunfos,  
 Que alcancé en el casamiento  
 De mi amigo Prithoo,  
 Cuandos Centauros fieros,  
 O pervertidos del vino,

O incitados del deseo,  
 Quisieron robar su esposa,  
 No me alabo; porque siendo  
 El que es verdadero amigo  
*To*, y no *otro yo*, porque temo  
 Que es llegar à decir *otro*,  
 Suponer otro sujeto:  
 Y siendo suyo el agravio,  
 Es evidente argumento,  
 De que también era mio,  
 Y que yo refí con ellos  
 Como ofendido y celoso:  
 Luego la acciún de vencerlos  
 No fué prueba del valor  
 Tanto. como del despecho  
 Celoso, que no hay alguno  
 Cobarde, si tiene celos.  
 Por darle gusto á este mismo  
 Amigo, que con imperio  
 Gobernaba mis acciones,  
 Tanto como mis afectos.  
 Bajando al abismo, quise  
 A pesar del cancerbero,  
 Robar á Plutón su esposa,  
 Que, aunque no logré el intento,  
 No perdí por esto el lauro;  
 Que en los casos tan inciertos,  
 Conseguir toca á la dicha,  
 Pero intentar al esfuerzo.  
 Pero la mayor victoria  
 Fué, señor, que amante tierno,  
 De la belleza de Elena  
 La robé: no estuvo en esto  
 El valor (aunque el robarla  
 Me costó infinitos riesgos)

Sino en que cuando yo estaban  
 A mi voluntad sujetos,  
 El premio de su hermosura,  
 Y el logro de mis deseos,  
 De sus lágrimas movido,  
 Y obligado de sus ruegos,  
 La volví á restituir  
 A su patria y á sus deudos,  
 Dejando á mi amor llorando,  
 Y á mi valor consiguiendo  
 La más difícil victoria,  
 Que fué vencerme á mí mismo.  
 Estos, señor, han sido,  
 Los prodigios, los portentos,  
 Que de mí canta la fama,  
 Sin otros, que no refiero,  
 O porque son muy sabidos,  
 O porque yo no me acuerdo;  
 Porque como no pensé  
 Jamás hacer lista de ellos,  
 Nunca tuve de contarlos  
 Cuidado, sino de hacerlos.  
 Este he sido, gran señor;  
 Pero ya á tu saña expuesto,  
 Sólo me acuerdo, de que  
 No soy más que un prisionero.  
 Sirva mi altivez, mi sangre,  
 Mis blasones, mis trofeos,  
 De que quedes de tu enojo  
 Dignamente satisfecho,  
 Y quede libre mi patria  
 De tan doloroso peso,  
 Como este infeliz tributo;  
 Que yo moriré contento,  
 Si con mi muerte la libro

De tan inhumano feudo.  
 REY. Admirado me ha dejado,  
 Mas no me podrá ablandar;  
 Haz, Thebandro, ejecutar,  
 Lo que te tengo mandado.  
 Venid príncipes.  
 EMB. Atienda,  
 Señor, vuestra magestad,  
 Que no es bien que una crueldad  
 Tan alto decoro ofenda.  
 Y advierta, si de Androgeo  
 Quiere la sangre vengar,  
 Que no ha de resucitar  
 Con la muerte de Thefeo;  
 Cuando la condición fiera  
 Admitió el reino al rendirse,  
 ¿Quién pudiera persuadirse,  
 que en el príncipe cayera?  
 Cayó en él, ¡fiero rigor!  
 Y él, sin hacer resistencia,  
 Fió de vuestra clemencia,  
 Lo que pudo en su valor.  
 Pues si en armas se pusiera,  
 ¿Quién dudara, que constantes  
 Muriéramos todos antes,  
 Que el príncipe se rindiera?  
 Pero si tan comedida  
 Su atención quiso mostrar,  
 Que estima en más conservar  
 La palabra, que la vida;  
 Porque, ¿por una venganza,  
 Quiere vuestra magestad  
 Pagar con una crueldad,  
 Debiendo una confianza?  
 Perdón os pidió postrado,

Señor, pues si perdonáis,  
 Con perdonarle, quedáis  
 Más noblemente vengado:  
 Y no sin satisfacción;  
 Porque antes la tendréis doble,  
 Que no hay para un hombre noble,  
 Castigo, como el perdón:  
 Pues (de su error convencido)  
 Vive siempre avergonzado  
 De verse beneficiado  
 De aquel á quien ha ofendido.  
 Haced, pues, señor, de modo  
 Que vida al príncipe déis,  
 Que como á él le perdonéis,  
 Disponed del reino todo.  
 PHED. Quizá le perdonará  
 Mi padre con lo que ha oído.  
 ARIAD. Quizá escogerá un partido,  
 De los muchos que le dá.  
 ATÚN. Que este viejo, por capricho,  
 Se muestre tan enemigo.  
 REY. Príncipes, venid conmigo.  
 Thebrando, lo dicho, dicho.  
 BACH. Ya yo voy ¡condición fiera!  
 LID. Ya te sigo ¡rigor grave! *Vanse.*  
 ARIAD. ¡Oh! Acabe yo, y él no acabe.  
 PHED. ¡Oh! Muera yo, y él no muera.  
 RAC. Yo me voy á desquitar  
 De lo mucho que he callado,  
 Pues he salido al tablado  
 A solamente callar. *Vase.*  
 PHED. Príncipe, fuera á esperaros  
 Voy, que querréis con suspiros  
 De los vuestros despediros,  
 Y no quiero embarazaros. *Vase.*

**EMB.** Esperad, señor: apenas  
 Puedo razones formar.  
 ¿Así se ha de despreciar  
 A un heredero de Atenas?  
 ¿Con el príncipe, y conmigo  
 Se ha de usar tal tiranía?  
 Mal aya aquel, que confía  
 En piedad del enemigo.  
 Mas, ¿qué me quejo, si medio  
 No hay en penas tan atroces?  
 ¿Ni qué me canso en dar voces,  
 Cuando no le doy remedio?  
 Mas vive Dios, rey injusto,  
 Que pues eres su homicida,  
 Has de pagar con la vida  
 Haber tenido este gusto.  
 Pues á Atenas mi corage  
 Va, y mi venganza á alistar  
 Soldados, para vengar  
 De su príncipe el ultraje.  
 Yo voy, á que Atenas fuerte,  
 Castigue á Creta atrevida,  
 Y pues no le doy la vida,  
 Al menos vengue su muerte.  
 Príncipe, si á dilatarse  
 Llega del rey la venganza,  
 Y os libró la confianza,  
 Con vos ha de coronarse.

**ATUN.** Gentil alivio, señor,  
 Te quiere este hombre dar:  
 Déjese usted ahorcar,  
 Que yo quedo por fiador.

*Quedan Thefeo, Phedra y Atun, solos:  
 Ariadna y Cintia, al paño*

**PHED.** Solo el príncipe ha quedado.  
**THEF.** ¡Ay infeliz de mí!  
**PHED.** ¿Si podré hablarle?  
**THEF.** ¡Que aquí haya mi valor llegado!  
**PHED.** Yo llego, ¡pena mortal!  
 Mas pues es fuerza que muera,  
 Dele mi piedad, siquiera,  
 El pésame de su mal;  
 Que cuando está desvalido,  
 Y sujeto á una inclemencia,  
 No se opone á la decencia,  
 Consolar á un afligido. *Llégase.*  
 Príncipe, si en un extraño  
 Pecho, piedad puede haber,  
 Bien podéis de mí creer,  
 Que me duele vuestro daño,  
 Infanta de Creta soy;  
 Y aunque mi sangre ofendéis,  
 Mas á mi piedad debéis  
 Aún de las señas, que os doy.  
 Y me holgara hallar un medio  
 Para poderos librar,  
 Que yo no os quisiera dar  
 Pésame, sino remedio.  
**ARIAD.** Con Thefeo ¡qué dolor!  
 Allí, Cintia, Phedra está:  
 Escuchemos, que quizá  
 Serà piedad, y no amor.  
**THEF.** Yo, señora, la piedad  
 Os estimo del consuelo,  
 Que mal pudiera en un cielo  
 Faltar la benignidad,  
 Y de modo, infanta bella,  
 Mi fé os queda agradecida,  
 Que quisiera tener vida,

Para serviros con ella.  
Mas pues no tengo, al deberos  
Para tanta recompensa,  
Recibid vos la vergüenza  
De no tener que ofreceros.

PHED. No os quite la confianza,  
Príncipe, esta desventura,  
Que mientras la vida dura,  
Tiene lugar la esperanza.  
Nunca la fortuna queda  
Se está, y si abatido os véis,  
Antes que vos acabéis  
Podrá volverse la rueda.  
Y así pensad, que habrá medio  
De remediar pena tanta,  
Que entre el hierro y la garganta,  
Puede caber el remedio.

ARIAD. Que quiere librarlo infiero,  
Mas yo se lo estorbaré.

CINT. ¿Por qué, señora?

ARIAD. Porque lo libraré yo primero.

THEF. ¿Con qué pagaré el cuidado  
De favor tan desmedido,  
Si aún queda lo agradecido  
Por lo corto desairado?  
¡Oh! Quién con vida se hallara  
Y á vuestros pies la pusiera,  
Que yo por vos me muriera,  
Aunque nadie me matara.  
Mas siempre os lleváis la palma  
De ser mi dulce homicida;  
Pues ha de quitar la vida,  
Por fuerza quien roba el alma.

ARIAD. ¿Ves, Cintia, como rendido  
Enamorándola está?

CINT. Calla, señora, que hará  
Aquello de agradecido.

ATUN. Una muerte muy galana  
Es la que escoges, señor,  
Que por las muertes de amor  
Nunco se dobló campana.  
Y digo, si permitir  
Quieres tan dichosa suerte,  
Que de esas que llamas muerte,  
También me quiero morir,  
Y aun quiero, que se dé prisa  
Ese inhumano rigor;  
Porque es morirse de amor,  
Como morirse de risa.

*Vuelto á Laura*

Y más cuando en vos he hallado  
Quien la muerte me dará.

LAU. El Toro le quitará  
A usted de ese cuidado,  
Y verá como le saca  
El alma con gran decoro.

ATUN. ¿Para qué quiero yo Toro,  
Si tú puedes estar vaca?

LAU. ¿Y el nombre?

ATUN. Atún me han llamado.

LAU. El Toro dará de él cuenta,  
Que de carne se sustenta.

ATUN. A bien que yo soy pescado.

LAU. En ser carnicero emplea  
Como pescador no sea.

PHED. Príncipe, puesto que vos  
El postrero habéis de ser  
De los siete del tributo,

Que este mónstruo cruel  
 Por mandado de mi padre,  
 Se dan, no desconfiéis,  
 Que en este tiempo se puede  
 Algún camino ofrecer,  
 Para salvar vuestra vida,  
 Y yo lo procuraré  
 Por cuantos caminos haya  
 De conseguirlo, y creed,  
 Que me importa que viváis,  
 Más de lo que vos podéis  
 Pensar.

THEF. ¿Pues por qué, señora?

PHED. No me preguntéis por qué,  
 Que lo que yo no declaro,  
 No es bien, que vos procuréis  
 Descifrarlo: y si, allá á solas,  
 De las premisas, que veís,  
 Sacáis alguna ilación,  
 Que juzguéis que os está bien,  
 Sacadla allá en hora buena,  
 Mas no me la consultéis.

ATUN. Enamórala, señor,  
 Pues tan rendida la ves  
 Que podrá ser, que te saque  
 De peligro tan cruel.

THEF. ¡Ay, Atún, que no me atrevo!

ATUN. ¿Melindres gastas también  
 No pensé que eras tan dama:  
 Pero déjate querer  
 al menos, y hazte la cuenta  
 Que el príncipe Pedro es  
 y tú la infanta Thefea.

THEF. ¿Quieres dejarme?

ATUN. Si haré,

Que no soy la infanta yo  
 Para qnererte tener.

THEF. Según aquello, señora,  
 Licitamente podré  
 Soltar á mi pensamiento  
 Las riendas.

PHED. Eso no sé;  
 Porque ya eso es consultar,  
 Y fué, lo que os ordené  
 No hacer conmigo.

THEF. Pues yo  
 El secreto guardaré  
 De los discursos, que hiciere,  
 Con tanto cuidado, que  
 Lo sienta el corazón, sin que  
 Lo llegue el labio á saber.

PHED. Pues en esto quedamos,  
 Y adiós, porque sentiré  
 Mucho, que hablando con vos  
 Alguno me llegue á ver.

THEF. Pues adiós, señora.

PHED. Adiós.

THEF. Pero escuchad.

PHED. ¿Qué queréis?

THEF. Que, pues, me habéis dado vos  
 Licencia para que dé  
 Libertad al pensamiento,  
 También al vuestro soltéis  
 Las riendas, para que ya  
 Que yo, por obebecer,  
 No os puedo decir mi pena,  
 De vos misma la escuchéis.

PHED. Príncipe, adiós.

THEF. Pues, señora,  
 ¿Por qué no me respondéis?